

DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCION

SERMON 3^{o1}

"Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado. Ha resucitado; no está aquí" Marcos 16,6

1.- Una de las cosas que más aprovechan para resucitar con Cristo es la devoción del Rosario de nuestra Señora, como leemos de muchos que, por ser devotos de este santo Rosario, merecieron gozar en el cielo de la compañía de Cristo resucitado. Así lo reveló nuestra Señora a una devota de su Rosario, que vio una ciudad muy clara y resplandeciente y en ella a muchos cofrades, que estaban cantando las alabanzas de Dios. Por tanto, si queréis gozar de la resurrección de Cristo resucitado, sed devotos del Rosario. Y para que todos lo podamos ser, supliquémosle ahora al principio que nos alcance la gracia, diciendo: *Ave María*.

2.- El santo Evangelio de hoy nos pone ante nuestra consideración la diligencia que tuvieron tres santas mujeres en ir a buscar a Cristo en el monumento donde lo habían enterrado para ungirle con ungüentos aromáticos; y las nuevas muy alegres y gozosas que un ángel les dio acerca de la resurrección de Cristo, diciéndoles: *¡Ha resucitado! No está aquí*. Sabed, vino a decirles el ángel, que el que venís a buscar con ungüentos ya se ha levantado de la muerte; ya no le hallaréis en el sepulcro; se ha levantado, no para ser ungido con ungüentos, sino para ser adorado por la fe. Por eso mi sermón consistirá en declarar la historia tal como nos la refiere el santo Evangelio y en explicar las palabras que hemos escogido como tema.

3.- Dice el sagrado Evangelio: *Pasado el sábado, María Magdalena y María la de Santiago y Salomé, compraron aromas para ir y embalsamar a Jesús* (Mc 16,1). Dicen algunos doctores que estas santas mujeres, como el Viernes Santo vieron que José de Arimatea y Nicodemo habían ungido el cuerpo de Cristo, quisieron ellas hacer lo mismo. Esto es lo que tiene el verdadero amor de Dios, que no se contenta con lo que otros hacen para servirle, sino que también él pone su mano y le gusta participar en la medida de lo que pudiere. Si amáis de veras a Dios, no debéis contentaros con que los otros le sirvan, le reverencien y le acaten, sino que también vosotros deberéis reverenciarlo y acatarlo. Es más, el verdadero amor de Dios se afrenta de no hacer lo que los otros hacen. Si de veras amáis a Dios, os afrentaréis de que los demás sean humildes, y vosotros no; que los demás sean devotos, y vosotros no; que los demás sean mansos, y vosotros no. En el verdadero amor de Dios existe una cierta emulación. Por eso, como estas santas mujeres amaban de veras a Cristo, no se contentaron con ver que Nicodemo y José le habían ungido con tantos ungüentos, sino que también ellas quisieron hacer lo mismo. Y así, el Viernes Santo, después que hubieron encerrado a Cristo, se volvieron ellas a la ciudad y compraron ungüentos preciosos para ungirlo. Y como el sábado no les era lícito hacer nada, callaron hasta el domingo, que se levantaron muy de mañana, tomaron sus ungüentos y se fueron al monumento. Y como de veras amaban al Señor, no encontraron estorbo alguno para ir a cumplir su deseo. No se lo impidió el no ser de día y ser ellas mujeres nobles. No se lo impidió el que el monumento estaba fuera de la ciudad. Y tampoco se lo impidió el saber que el sepulcro estaba custodiado por gente armada. Nada les impidió cumplir su deseo, porque *el amor todo lo vence*. El verdadero amor de Dios todo lo vence y pasa por todo sin estorbo. La única pena que sentían estas mujeres era el pensar que la piedra con que estaba cerrada la puerta del monumento era muy grande, y que sus fuerzas no bastarían para moverla. Y por eso, dice el evangelista, que iban comentando: *¿Quién nos rodará la piedra de la puerta del sepulcro?* (Mc 16,3). ¡Oh, si hallásemos algún amigo o devoto que nos hiciese la caridad de quitarnos la piedra y abrirnos el sepulcro! Y como eran mujeres delicadas, y con estas pláticas, aunque salieron de casa muy de mañana, llegaron al sepulcro salido ya el sol. Con este detalle se nos quiere testimoniar que cuando llegaron al monumento ya había salido el Sol de justicia, esto es, el Hijo de Dios había resucitado ya.

¹ *Obras y sermones*, vol. II, pp.8-13

4.- Salieron de su casa con las tinieblas de la noche, y llegaron al sepulcro salido ya el sol. Con ello se quiere dar a entender que no cesan las tinieblas de la noche de la culpa, y sale el sol, en cuanto sales de ésta; porque las malas inclinaciones y los malos deseos no se quitan luego; sino que es menester primero que camines de virtud en virtud. Y sólo así, antes de llegar al monumento de la vida eterna, habrá salido el sol de la vida perfecta, que disipará las tinieblas de las imperfecciones de la vida pasada.

5.- En cuanto las mujeres llegaron al monumento vieron que la piedra estaba quitada. Dios había enviado un ángel para removerla. Piensa la alegría que sentirían aquellas mujeres al ver la piedra quitada, pues sólo eso les daba pena, el pensar cómo la moverían. Ved aquí cómo se ha Dios con los buenos en esta vida. Cuando ellos hacen por su parte cuanto pueden para realizar una obra virtuosa, si sus fuerzas no son suficientes, entonces Dios suple con fuerzas enviadas desde el cielo, para que con éstas puedan alcanzar lo que no pudieron con las suyas. Cuando vosotros perdéis la esperanza del auxilio de los hombres, entonces Dios os envía el suyo desde el cielo. ¿Cuántas veces os parecerá que las obras virtuosas son una piedra tan pesada que vosotros no podéis quitarla? ¿Cuántas veces os parecerá que perdonar una injuria por Dios, que ayunar un día a pan y agua, que llevar un cilicio, etc. , que todo eso es una piedra tan pesada que a vosotros os faltan las fuerzas necesarias para apartarla? Pues entonces vosotros haced lo que esté de vuestra parte, y dejad obrar a Dios, que él hará lo que más convenga; él os enviará fuerzas para remover esa piedra, por más grande que os parezca. ¿Cuántos hallaremos que querrían ser semejantes a esas mujeres, en desear ver quitada la piedra y decir: *¿Quién nos rodará la piedra de la puerta del sepulcro?* Es decir: ¿quién nos quitará la dificultad que hallamos en estas obras? Pero lamentablemente son muy poquitos las que las imitan en el ánimo que ellas tuvieron, pues aunque sabían que el sepulcro estaba cerrado, y que la piedra era grande, y que ellas no podían quitarla por sí mismas, no por eso dejaron de hacer su camino y de hacer lo que estaba en sus manos. Pocos hay que, aunque les parece que querrían ver la piedra quitada, no quieren perseverar en hacer de su parte lo que pueden, sino que en viendo la piedra de la dificultad, y que es grande, abandonan la obra comenzada. No lo hicieron así estas mujeres, sino que aunque les parecía cosa dificultosa quitar la piedra, no tornaron atrás, sino que llegaron hasta el monumento, y *vieron que la piedra estaba rodada*, porque Dios había enviado un ángel que se la quitó. Esta confianza quiere Dios que tengáis en él en las cosas arduas y dificultosas. Es decir, que aunque os parezca que no hay remedio humano para alcanzar una cosa, que entonces confiéis en Dios, porque él desde el cielo os enviará ese remedio. El os quitará la piedra de la dificultad que halláis, y entonces os será fácil y agradable lo que antes os parecía difícil.

6.- Cuando estas santas mujeres llegaron al monumento y vieron removida la piedra, entraron en él para salir de allí resucitadas con Cristo. Este sepulcro simboliza el menosprecio del mundo, pues es la sepultura en la que se encierran los buenos amigos de Dios, para no ver ellos el mundo, ni que éste los vea a ellos. En este sepulcro estuvo el Hijo de Dios más tiempo sepultado, que en el sepulcro de piedra. Porque en éste sólo estuvo tres días, y en el otro los treinta y tres años que anduvo por el mundo, hasta el día de hoy en que salió de uno y otro sepulcro. Del sepulcro de piedra salió resucitado, y del sepulcro del menosprecio del mundo salió con toda clase de honra y de gloria. Siempre que vosotros os encerréis en este sepulcro del menosprecio del mundo por Dios, estad seguros de que resucitaréis con él al tercer día, que es el día del juicio universal.

7.- En este sepulcro del menosprecio del mundo entraron estas santas mujeres, pues tan de veras dejaron el mundo. Pero también entraron en el de piedra buscando a su amado para ungrle. Mas, en cuanto entraron, vieron un ángel bajo la figura de un joven, vestido de blanco y sentado a la derecha. Y dice San Marcos, que en cuanto lo vieron *se asustaron* (Mc 16,5); es decir, quedaron como espantadas de verse a solas con un joven en un lugar tan estrecho, como era el sepulcro. Esto es lo que tienen los ángeles buenos, que a primera vista causan espanto, pero como no vienen a espantar, sino a consolar y a quitar toda clase de miedo, mientras más dura su conversación, más consuelan y animan, y quitan el temor, como lo hizo este ángel con estas santas mujeres, pues aunque su visión las espantó, luego empezó a consolarlas, diciéndoles: «Santas mujeres, no tengáis miedo, porque Dios no me envía para

que os espante y cause temor en vuestras almas. Al contrario, me envía para que os consuele y os dé buenas noticias acerca del que buscáis. Sabed que ya ha resucitado, y que no está aquí. Yo sé que veníais a ungrle con vuestros unguentos; pues sabed que *ha resucitado y no está aquí. Mirad el lugar en donde lo pusieron* (ibíd. 6). Y puesto que vuestro Maestro ha resucitado, andad rápido a consolar a sus Apóstoles y discípulos, y especialmente a Pedro. Decidles que su Maestro ha resucitado, que se vayan a Galilea, que allí le verán, como él se lo había anunciado».

8.- Acerca de estas últimas palabras dice San Gregorio: ¿Pensáis que el ángel les dijo a las mujeres que se fueran a Galilea sin ningún motivo especial? No, por cierto, pues en este mandato hay encerrado un gran misterio: el misterio de la resurrección. Galilea significa *transmigración*. Y al decirles el ángel que verían a Cristo resucitado en Galilea, quiso significar que allí verían cómo había pasado de la muerte a la vida, y cómo había pasado todas las miserias de esta vida y gozaba ya de los descansos de la vida eterna. Escribe San Gregorio: *Galilea se interpreta como transmigración. Y en efecto, nuestro Redentor había transmigrado de la pasión a la resurrección, de la muerte a la vida; y también nosotros podremos contemplar gozosos la gloria de la resurrección si transmigramos de los vicios a las virtudes*².

9.- San Jerónimo se expresa de una forma más solemne sobre este particular. Dice: *¡Oh qué sentencia tan breve en palabras, pero de contenido tan profundo en lo que con ellas se nos prometió! En Galilea está la fuente de todo nuestro gozo y el origen de nuestra eterna salvación. Allí serán congregados los que andan dispersos, y serán sanados los contritos de corazón*³. En efecto, las palabras del ángel, al decir que en Galilea se le vería, son breves, pero la sentencia encerrada en ellas es de un contenido muy grande. ¿Qué es lo que simboliza Galilea sino la vida eterna en la que habrán pasado ya todos los trabajos de la vida presente? Allí habrán pasado ya todos los ataques del demonio, las persecuciones del mundo y los regalos de la carne. Todo habrá pasado ya y no habrá ningún rastro de trabajos y sufrimientos. San Juan nos dice que vio la ciudad de Jerusalén hermosísima y revestida a las mil maravillas, y que oyó una voz que le decía: *Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos, y ya no habrá ni muerte, ni llanto, ni alarido, ni habrá más dolor, porque las cosas de antes son pasadas* (Ap 21,4). Como si dijera: Has de saber, Juan, que los que están en esta ciudad están en Galilea, en donde han pasado todas las miserias de la vida mortal. Han pasado todos los llantos y se goza de una plena alegría. La muerte ya pasó y se vive la vida eterna. También se pasaron los gritos y los clamores con que se dirigían a Dios para que los librara de sus enemigos. Ya no necesitan clamar. Ya no tienen enemigos que les persigan, sino amigos que les sirven. Esta es la Galilea, en donde todo se ha pasado. Aquí, dice el ángel, que veréis a Cristo resucitado, porque aquí lo veréis *revestido de gloria y majestad, y cubierto de luz como de un ropaje* (Sal 103,1-2). Aquí le veréis acompañado de todos los ángeles del cielo, como *al Rey de reyes y al Señor de los señores* (1 Tm 6,15). Allí le veréis donde está la fuente y el precio de todo nuestro bien. Allí le veréis en donde se encuentra el principio de todo nuestro bien y el fin de todos nuestros males. Allí le veréis donde se han reunido todos los hijos de Dios, que aquí estaban divididos y dispersados. Allí lo veréis muy diferente a como le visteis en esta vida. Pues aquí le visteis mortal, y allí le veréis inmortal. Aquí, pobre; y allí rico y poderoso. Aquí, afrentado y menospreciado; allí honrado, acatado, sentado a la derecha del Padre y adorado por todos los ángeles y querubines. En suma, allí lo veréis como él mismo lo anunció y prometió, según consta en el texto de los Evangelios.

10.- Es tan alto y tan profundo el misterio de la resurrección del Hijo de Dios, y tan difícil de creer para los que no tienen fe, que estando predicando San Pablo a los atenienses, que le escuchaban de buena gana y con gran admiración, cuando les habló de la resurrección de Cristo comenzaron a mofarse de él y a decirle que predicaba una doctrina muy extraña (cfr. Hch 17,32).

Tres cosas hubo en la resurrección de Cristo que resultan dificultosas de creer al que no tiene fe. La primera es que resucitase con el mismo cuerpo, es decir, con las mismas manos y los mismos huesos. Los filósofos gentiles bien atinaron al decir que existía la resurrección, y así Platón defendía

² SAN GREGORIO MAGNO, *Homilía 21 sobre los Evangelios*

³ SAN JERÓNIMO, *Comentario a San Marcos*, cap.16

que, acabado el curso de la última esfera, lo cual sucedería después de cuarenta mil años, todas las cosas volverían a ser como antes⁴. Pero estos filósofos no pudieron entender que fuese posible el que resucitasen los cuerpos con las mismas manos y los mismos huesos. A favor de esta opinión está el principio filosófico que afirma: *Lo que se ha corrompido una vez, no puede volver a ser el mismo, numéricamente hablando.*

11.- Lo segundo que causa dificultad para entender la resurrección de Cristo es que un cuerpo humano resplandezca más que siete veces el sol, y que sea tan ágil y sutil como si fuese espíritu. Lo tercero es que pase a través de una piedra sin romperla, penetrando todas las características de la piedra. Esto no lo alcanzan a entender los filósofos que defienden que no puede darse una penetración de este género. Y no es mucho que esto espante a los filósofos y no lo entiendan, pues el propio Salomón confiesa que no lo entendía, cuando afirmó que le resultaba difícil averiguar *el rastro de la culebra sobre la peña* (Pr 30,19). ¿Quién es esta culebra sino Cristo resucitado? Y, en cuanto culebra, pasó por el agujero de la resurrección, y dejó el pellejo de la mortalidad y de la pasibilidad, y salió vestido con las nuevas ropas de su cuerpo glorioso. Hoy Cristo pasa por la piedra del sepulcro sin dejar ninguna huella. Pasa por la piedra dejándola tan cerrada como antes estaba. Esto es lo que no se entiende, porque excede el juicio de la razón humana.

12.- Y es que todas estas cosas son misterios celestiales. Cosa es del cielo que nuestro cuerpo, aunque esté convertido en ceniza, resucite. Cosa es del cielo que, siendo cuerpo, resucite con los privilegios del espíritu. Cosa es del cielo, que salga del sepulcro estando cerrado, atravesando la piedra como si fuera un espíritu. Y como estas cosas eran misterios celestiales, por eso fue menester que Dios enviase testigos del cielo que testificasen la verdad de la resurrección, diciendo: *Ha resucitado; no está aquí.* El muerto que murió ya ha resucitado, y ya ha salido revestido de gloria. Ha traspasado la piedra del sepulcro, como si fuera un espíritu, y *no está aquí.* Este testimonio del ángel era ya suficiente para que todo el mundo diese fe a sus palabras y creyese que Cristo había resucitado, pues era un ángel de Dios enviado para dar testimonio de esta verdad. Mas no sólo quiso dar fe con estas palabras, sino que además quiso testificar la resurrección con la edad y la ropa con que apareció, y con el lugar en donde apareció sentado. Todo en él dice: *Ha resucitado; no está aquí.* La edad con que apareció el ángel da fe de la verdad de la resurrección de Cristo, porque no se mostró como un niño, ni como un anciano, sino como un joven, que representa la edad florida; y nosotros también hemos de resucitar con esa edad. Así lo asegura Severino Antioqueno cuando escribe: *Las mujeres vieron a un joven, para que percibiéramos mejor la edad de nuestra resurrección, pues en la resurrección no existe la vejez*⁵. Y es que donde no existe el nacer, ni el morir, no existe tampoco diferencia en las edades, todos son jóvenes. Esto es lo que San Pablo quiere significar cuando escribe: *Hasta que arribemos todos a la unidad de una misma fe y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un varón perfecto, a la medida de la edad perfecta de Cristo* (Ef 4,13).

13.- La ropa blanca con que apareció vestido testifica también la resurrección, pues no era ropa de lino, ni de lana, ni de seda, ni de brocado, que son ropas corruptibles, y los ángeles no tienen necesidad de semejantes ropas. Su ropa era resplandeciente de claridad, para darnos a entender que con semejantes ropas se había revestido el Hijo de Dios. Así lo afirma San Gregorio: *El candor y resplandor de su vestido denuncian el esplendor de nuestra solemnidad. Mas, ¿qué digo, de nuestra solemnidad o de la suya? A decir verdad, tanto de la suya como de la nuestra*⁶. San Jerónimo, por su parte, dice que la ropa con que aparece revestido el ángel simboliza la alegría que hemos de experimentar todos por la resurrección de Cristo: *Su vestido blanco simboliza la verdadera alegría, porque el enemigo ha sido vencido, el reino ha sido conquistado y al rey de paz se le ha encontrado y nunca más será perdido. Este joven muestra así a los que temen la muerte la forma definitiva de la resurrección*⁷. ¿Queréis que os diga qué significa esta ropa del ángel? Pues sabed que significa la alegría que hemos de experimentar todos porque Cristo ha resucitado y ha vencido al demonio. Y la

⁴ Cfr. SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*, lib. 12, cap. 13; SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma contra los gentiles*, lib. IV, cap.82

⁵ San Luis toma la cita de SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Glosa continua (Catena aurea) sobre el Evangelio de San Marcos*, cap.16

⁶ SAN GREGORIO MAGNO, *Homilía 21 sobre los Evangelios*

⁷ SAN JERÓNIMO, *Comentario a San Marcos*, cap. 16

verdadera alegría que hemos de sentir todos es porque el demonio ha sido vencido. Significa también la verdadera alegría que han de tener en el cielo los que resucitarán con Cristo, porque ésta es la verdadera alegría, el haber vencido totalmente al demonio y haber alcanzado el Reino de los cielos; el haber buscado al rey de paz, y haberlo hallado para siempre jamás. Y esta alegría no se puede tener en esta vida, sino solamente en el cielo. Allí no habrá ya enemigo con quien pelear; allí gozaremos del Reino del cielo; y allí habremos encontrado al Rey de paz para no perderle nunca jamás.

14.- El que el ángel apareciese sentado a la derecha del sepulcro, y no a los pies, ni a la cabeza, ni a la izquierda, también es un testimonio en favor de la resurrección de Cristo, porque la derecha es símbolo de la vida eterna, según dice San Gregorio: *¿Qué se significa por la izquierda sino la vida presente, y por la derecha la vida eterna? De ahí el que en el Cantar de los Cantares se diga: Mi esposo pondrá su mano izquierda debajo de mi cabeza y con su diestra me abrazará (Ct 2,6)*⁸. ¿Qué pensáis que significa la izquierda sino la vida presente que se acaba; y qué pensáis que significa la derecha sino la vida eterna que no se acaba nunca? Pues porque el Hijo de Dios había pasado ya de la mortalidad de la vida presente y gozaba ya de la vida eterna, era justo que el ángel apareciese a la derecha y no a la izquierda, para mostrarnos con esta forma de estar sentado la verdad de la resurrección. Considera, por tanto, si es razón para que demos crédito a este ángel que nos testificó la resurrección de Cristo con palabras, con la edad y ropa con que se apareció y con el sitio que ocupó en el sepulcro. Todo ello significa que: *Cristo ha resucitado; y no está aquí.*

15.- Ángel de Dios, decís una gran verdad cuando testificáis que el Hijo de Dios ha resucitado y que se ha levantado inmortal e impasible del sepulcro. Es verdad que se ha librado de la muerte que le dieron los judíos en la Cruz, y por eso todos creemos y confesamos, que ha resucitado y que ya no está ahí. Pero, permitidme, que yo os hable de otra muerte que le dan algunos cristianos, y de la cual no podéis afirmar: *Ha resucitado; y no está ahí.* Es la muerte del olvido con que los malos se olvidan de su muerte y de su resurrección. ¿Acaso no piensas, hermano mío, que cuando te olvidas de su Pasión, muerte y resurrección, no lo tienes muerto en el sepulcro de tu memoria? Todo el tiempo que tenéis olvidada a una persona, la tenéis como muerta en vuestra memoria. Decís incluso que para los muertos y para los que se han ido, no hay amigos. Y eso, porque tan muerto está para vosotros el ausente, de quien ni os acordáis, como el que ha muerto perdiendo la vida. Ambos están igualmente enterrados; uno en la sepultura de la tierra, y el otro en la sepultura de vuestra memoria. Pues lo mismo acaece con Cristo cuando os olvidáis de él, que lo tenéis muerto en vuestra memoria, y como a tal no os acordáis de él. De eso se queja él mismo por el Salmista: *Fui borrado de su corazón, y puesto en olvido como un muerto (Sal 30,13)*. Se han olvidado de mí como de un muerto. Me llevan muerto en su entendimiento, pues no se acuerdan de mis beneficios. Se comportan como los mundanos que estos días de Semana Santa no se acuerdan ni de su muerte, ni de su resurrección. Sólo ocupan su memoria en pensar qué comerán, qué beberán, cómo se vestirán, cómo se arreglarán, en qué juegos se ocuparán. En eso piensan, de eso hablan y éstos son sus deleites. El profeta Amós da voces en contra de todos éstos diciendo: *¡Ay de vosotros, los que nadáis en la abundancia en medio de Sión!... ¡Ay de vosotros los que dormís en camas de marfil y os solazáis en vuestros lechos; los que coméis los mejores corderos de la grey, y los más escogidos becerros de la vacada!... ¡Ay de vosotros los que bebéis vino en anchas copas, despidiendo preciosos olores!* (Am 6,1-6). No me quejo porque comáis y bebáis, pues justa cosa es que en un día tan solemne cada uno coma según la capacidad que Dios le ha dado. De lo que me quejo es de que comiendo y bebiendo os olvidáis de Dios, lo tenéis muerto en vuestra memoria, y no tenéis en cuenta que ha muerto y resucitado por vosotros.

16.- No lo ha hecho él así con vosotros; al contrario, para no olvidaros, os ha escrito en sus propias manos, como lo dice Isaías: *Te llevo grabado en mis manos (Is 49,16)*. Mira, hombre, cuánto te amo y cuánto deseo que vivas en mi memoria, que para no olvidarme de ti, te escribí en mis manos. ¿Qué otra cosa son, si no, los agujeros de los clavos, sino los signos con que te tengo escrito en mis manos? ¿Y cómo podré olvidarme de ti si te llevo grabado en mis manos? Pues justo será, que si él para no olvidarse de ti te ha escrito en sus manos, que tú, para no olvidarte de él, lo lleves escrito en el

⁸ SAN GREGORIO MAGNO, *Homilía 21 sobre los Evangelios*

corazón, cómo él mismo te lo pide en el Cantar de los Cantares: *Ponme por sello en tu corazón* (Ct 8,6). ¿Queréis que os diga la causa por la que lleváis a Dios muerto en la memoria? Porque no le amáis, pues cuando se ama de veras a una persona, nunca os olvidáis de ella, y noche y día estáis pensando en ella. Por tanto, si amaseis a Dios, resucitaría en vuestra memoria, y pensaríais en su Pasión y en su resurrección; mas como no le amáis, por eso lo lleváis muerto en el sepulcro de vuestra memoria.

17.- ¡Oh Dios mío y gloria mía! Puesto que hoy habéis resucitado para darnos parte en vuestra resurrección y en vuestros triunfos, yo os suplico por vuestra triunfante resurrección, que si hay aquí alguien que os tiene muerto en el sepulcro, que si hay algún ingrato que se olvida de vuestros beneficios, que le despertéis la memoria, para que de esta manera goce de vuestros triunfos, aquí por la gracia, y allá por la Gloria, a la cual nos conduzca nuestro Señor Jesucristo. Amén.